

el cuadrillero, el alguacil, todos lo ven y hacen la vista gorda, sin que alguno la ofenda: á estos tales trae contentos, y les pecha con lo que á los otros pela; y así es menester, que de otro modo se perdería y le volverían á dar otro paseo; aunque mas pierde la malaventurada en desacreditar su casa; que si diera buen recaudo, con buen trato y término, acudieran á ella, y de muchos pocos hiciera mucho: que *llevando de cada camino un grano, bastece la hormiga su granero para todo el año*: nadie le tuviera el pié sobre el pescuezo: maldita ella sea, que tan mala es.

Cuando aquí llegó, pensé que lo dejaba, mas volvió diciéndome: loada sea la limpieza de la Virgen María, que con toda mi pobreza no hay en mi casa mal trato, cada cosa se vende por lo que es, no gato por conejo, ni oveja por carnero: limpieza de vida es lo que importa, y la cara sin vergüenza descubierta por todo el mundo; lleve cada uno lo que fuere suyo, y no engañar á nadie. Aquí paró con el resuello, y no hizo poco; segun llevaba el trote, creí teníamos labor cortada para sobre cena; pero acabó con esto, dándonos para postre de la nuestra unas accitunas gordales como nueces. Rogámosle que por la mañana nos aderezase una poca de ternera; encargándose dello, y nosotros fuimos á buscar en qué dormir, y en el suelo mas llano tendimos unas enjalmas, donde pasamos la noche.

CAPITULO VI.

En que Guzmán de Alfarache acaba de contar lo que le sucedió con el mesonero.

No sé si me pusieran en medio de las plazas de Sevilla, ó á la puerta de mi madre, cuando amaneció el domingo, si hubiera quien me conociera; porque fué tanto el número de pulgas que cargó sobre mí, que pareció ser también para ellas año de hambre, y les habian dado conmigo socorro; y así, como si hubiera tenido sarampion, me levanté por la mañana sin haber parte en todo mi cuerpo, rostro ni manos, donde pudiera darse otra picada en limpio; mas fuéme la fortuna favorable, en que con el cansancio del camino, y la noche antes haber cargado la mano sobre el jarro mas de mi ordinario, dormí soñando paraísos, y sin sentir alguna cosa, hasta que recordado mi compañero con el cuidado de oír misa temprano, y tener tiempo de caminar siete leguas que le faltaban, me despertó. Levantámonos con la luz, antes que el sol saliese: luego, pidiendo el almuerzo, se nos trujo; no me supo tan bien como á él, que cada bocado parecía darme en pechugas de pavo; nunca le pareció haber comido mejor cosa, segun lo alababa: fuéme forzoso tenerlo por tal en fe del gusto ajeno, atribuyéndole la falta heredada del asno de su padre á mi mal paladar; pero hablando verdad, ello era malo, y decia bien quién era. Hizoseme duro y desabrido, y de lo poco que cené quedé empachado, sin poderlo digerir en toda la noche; y aunque con temor de ser del compañero reprendido, dije al huésped: esta carne, ¿cómo está tan tiesa y de mal sabor, que no hay quien hinque los dientes en ella? Respondióme: no ve, señor, que es fresca, y no ha tomado el adobo? Mi camarada dijo: no lo hace el adobo, sino que este gentil hombre se ha criado con rosquillas de alfajor y huevos frescos, y todo se le hace duro y malo. Encogí los hombros y callé, pareciéndome que ya era otro mundo, y que á otra jornada no habia de entender la lengua; pero no me satisficé: con esto quedé como resabiado, sin saber de qué. Y entonces me vino á la memoria el juramento tan fuera de tiempo que hizo la noche antes, afirmando que era ternera. Parecióme mal, y que por solo haberlo jurado se enfurecen, de unas palabras en otras venimos á las mayores, y con mis flacas fuerzas y pocos años arranqué de un poyo y tiré medio ladrillo, que si con el golpe le alcanzara, y tras un pilar no se escondiera, creo que me dejara vengado; mas

qué me tuve ó qué me dió, que aunque realmente de cierto no concebí mal, tampoco presumi algún bien. Fué un toque de la imaginación, en que no reparé ni hice caso.

Pedí por la cuenta; mi compañero dijo que la dejase, que el daría recaudo; hiceme á una parte, dejélo creyendo ser amistad, y que de tan poco escote no me lo quería repartir. Quedéle agradecidísimo entre mí, sin cesar de cantarle alabanzas, que tan franco se mostró desde que me halló en aquel camino, dándome graciosamente caballería y de comer. Parecióme que todo habia de ser así, hallando en toda parte quien me hiciera la costa y llevara caballero. Alentéme, comencé de olvidar la teta, como si acibar me pusieran en ella y en todas las cosas que dejaba; y porque no se dijese por mí que de los ingratos estaba lleno el infierno, en tanto que él pagaba, quise comerme, llevándole á beber los asnos; volvílos á sus pesebres, para que en cuanto los aparejaban comiesen algunos bocados, y acabasen la cebada; ayúdeme á todo, estregándoles las frentes y orejas. En tanto que me ocupaba en esto tenia mi capa puesta sobre un poyo, y como azogue al fuego ó humo al viento, se desapareció entre las manos, que nunca mas la vi ni supe della. Sospeché si el huésped ó mi compañero por burlarme la hubiesen escondido; ya pasaba de burlas, porque me juraron que no la tenían en su poder, ni sabian quién la tuviese, ni dónde podia estar; miré acia la puerta; estaba cerrada, que no la habian abierto; allí no habia mas de nosotros y el solo huésped; parecióme, y fué imposible faltar, que la habria puesto en otra parte, donde no me acordaba; dime á buscar todo el meson, y andando del patio á la cocina, voy á parar á un trascorral, donde estaba una gran mancha de sangre fresca, y luego allí junto estendido un pellejo de muleto, cada pié por su parte, que aun estaban por cortar: tenia tendidas las orejas, con toda la cabeza de la frente; luego á par della estaban los huesos de la cabeza, que solo faltaban la lengua y sesos: al punto confirmé mi duda. Salgo en un punto á llamar á mi compañero, á quien, cuando le enseñé los despojos de nuestro almuerzo y cena, dije: ¿pareceos agora, que no es esto alfajor ni huevos frescos lo que los hombres comen en sus casas? ¿Esto era la ternera que con tanta solemnidad me alabastes, y el huésped regalador que prometistes? ¿Qué os parece de la cena y almuerzo que nos ha dado? ¿Y qué bien os ha tratado el que no vende gato por conejo ni oveja por carnero; el de la cara sin vergüenza, descubierta por todo el mundo; el que blasfemaba de la ventera y de su mal trato? El se quedó tan corrido y admirado de lo que vió, que enmudeció, y bajando la cabeza, se fué para comenzar á caminar; tal se puso, que en todo aquel día, hasta que nos apartamos, nunca palabra le oí, mas de para despedirnos, y esa que habló entonces, hubiérala de echar por los ijares, como sabréis adelante.

Aunque para mí fué la pena, que cada uno podrá imaginar, si acaso semejante le aconteciera; con todo eso, para estancar aquellos flujos de risa, con que por momentos me atravesaba el alma, holgué de mi desventura, que por lo que le tocaba ya no me atormentará tanto. Con esto, y creer que fuese sueño pensar que no tuviese mi capa el huésped, tomé alguna osadía. Tanto puede la razón, que aumenta las fuerzas y anima los pusilánimes. Comencé con veras á pedirla, y él con risitas á negármela; hizome descomponer, hasta que lo hube de amenazar con la justicia; pero no le toqué pieza ni hablé palabra de lo que habia visto. Como él me vió muchacho, desamparado y un pobrecito, ensobrecióse contra mí, diciendo que me azotaría, y otros oprobrios dignos de hombres cobardes y semejantes; mas como con los agravios los corderos se enfurecen, de unas palabras en otras venimos á las mayores, y con mis flacas fuerzas y pocos años arranqué de un poyo y tiré medio ladrillo, que si con el golpe le alcanzara, y tras un pilar no se escondiera, creo que me dejara vengado; mas

él se me escapó y entró corriendo en su aposento, de donde salió con una espada desnuda. Mirad quién son estos feroces, que ya no trata de valerse de sus tan fuertes brazos y robustos contra los débiles y tiernos míos. Olvidósele el azotarme, y quiere ofenderme con fuerza de armas, siendo un simple desarmado pollo. Vinose contra mí, que ya temiéndome de lo que fué, me previne de dos guijarros, que arranqué del empedrado del suelo; él cuando me vió con ellos en las manos, fué deteniéndose. A la grita y vocería, el meson alborotado, se convocó todo el barrio, acudieron los vecinos, y con ellos gran tropel de gente, justicia y escribanos: eran dos alcaldes, llegaron juntos, quería cada uno advocar á sí la causa y prevenirla; los escribanos por su interese decían á cada uno que era suya, metiéndolos en mal. Sobre á cuál pertenecía, se comenzó de nuevo entre ellos otra guerrilla, no menos bien reñida ni de menor alboroto; porque los unos á los otros desenterraron los abuelos, ayudando quiénes fueron sus padres, no perdonando á sus mujeres propias, y las devociones que habian tenido, quizá que no mentían, ni ellos querian entenderse, ni nosotros nos entendíamos.

Llegáronse algunos regidores y gente honrada de la villa, pusieronlos en paz, y asieron de mí, que *siempre quiebra la soga por lo mas delgado*: el forastero, el pobre, el miserable, el sin abrigo, favor ni reparo, de ese asen primero. Quisieron saber qué habia sido el alboroto y por qué; pusieronme á una parte, tomáronme la confesion de palabra, dije llanamente lo que pasaba; pero porque podian oírme algunos, que estaban cerca, me aparté con los alcaldes, y en secreto les dije lo del machuelo. Ellos quisieron verificar primero la causa, mas pareciéndoles haber tiempo para todo, comenzaron las diligencias por la prision del mesonero, que bien descuidado estaba de poder ser por aquel delito, y creyendo solo era por la capa, lo hacia todo risa, como cosa de burla, por la falta de informacion que habia, y de quien contestara con el arriero de haberme visto entrar allí con ella. Mas como viesse que poco á poco salian á plaza los pedazos de adobo, pellejo y zarandajas del machuelo, quedó helado, tanto, que tomándole la confesion, viendo presente todos los despojos, confesando de plano, quedó convencido y confeso en cuanto habia pasado, sin que cosa negase, ni tuvo ánimo para ello; que es muy cierto en los hombres viles, de vida infame y mal trato, ser pusilánimes, de poco pecho, como antes dije, que sin darle tormento ni amenazándole con él, declaró, sin serle pedido, hurtos y bellaquerías que hizo, así en aquel meson como siendo ganadero, salteando caminos, de donde vino á tener caudal con que ponerse en trato. Yo á todo estaba el oído atento, si de entre la colada salia mi capa; pero con el odio que me cobró, la dejó entre renglones. Hice mil diligencias para que pareciese, ninguna fué de provecho.

Acabadas de tomar nuestras declaraciones del arriero y mía, por ser forasteros, nos ratificaron en ellas. Y si por la pendencia me habian dellevar preso (como dicen, *tras paciente aporreado*) hubo diversos pareceres, holgaron dello los escribanos, y lo pretendieron; mas uno de los alcaldes dijo haber yo tenido razon y ninguna culpa, que ¿qué me pedian pues iba en cuerpo y me habian quitado la capa? Con esto me mandaron soltar, llevando á la cárcel al mesonero. Nosotros acabamos de aliñar, y seguimos nuestro camino; pasamos por donde los clérigos estaban esperando, cada uno tomó su caballería; contéles el suceso, quedando admirados dello, condoliéndose de mi necesidad; mas como no la podian remediar, encomendáronlo á Dios. Yo y mi compañero con los alborotos y breve partida, que casi salimos huyendo, nos quedamos sin oír misa. Yo la solía oír todos los dias por mi devocion; desde aquel se me puso en la cabeza, que tan malos principios era imposible tener buenos fines, ni podia ya sucederme cosa buena ni hacerse bien. Y así

fué, como adelante lo verás: que cuando las cosas se principian dejando á Dios, no se puede esperar menos.

CAPITULO VII.

Cómo, creyendo ser ladrón Guzmán de Alfarache, fué preso; y habiéndolo conocido lo soltaron. Promete uno de los clérigos contar una historia para entretenimiento del camino.

Antiguamente los egipcios, como tan agoreros, entre otros muchos errores que tuvieron, adoraban á la fortuna creyendo que la hubiera: celebrábanle una fiesta el primer día del año, poniendo suntuosas mesas, haciéndole grandes banquetes y opulentos convites, en agradecimiento de lo pasado, y suplicándole por lo venidero. Tenian por muy cierto ser esta diosa la que disponia en todas las cosas, dando y quitando á su eleccion; porque como suprema, lo gobernaba todo. Hacian esto por faltales el conocimiento de un solo Dios verdadero, en quien adoramos, por cuya poderosa mano y divina voluntad se rigen cielo y tierra, con todo lo en ello criado, invisible y visible. Parecía cosa viva ver cuando las desgracias comienzan á venir, cómo llegaban las unas cuando las otras dejaban, sin dar hora de sosiego, hasta desmayar y descomponer un hombre. Y otras veces (como cobardes) acometian de tropel muchas á un tiempo para dar con la casa en el suelo. Y por el contrario, no sube el aire á la cumbre de los altos montes tan ligero como ella los levanta por medios y modos no vistos ni pensados, no dejándolos firmes en uno ni otro estado; de modo, que ni el abatido desespere, ni el encumbrado confie. Si la lumbre de fe me faltara como á ellos, por ventura creyendo su error, pudiera decir cuando semejantes desgracias me vinieron: *bien vengas mal si solo vienes*. Quejéme ayer de mañana de un poco de cansancio, y dos semipollos que comí disfrazados en hábito de romeros para ser desconocidos. Vine después á cenar el hediondo vientre de un machuelo, y lo peor, comer de la carne y sesos, que casi era comer de mis propias carnes, por la parte que á todos toca la de su padre; y para final de desdichas, hurtarme la capa. *Poco daño espanta, y mucho amansa*. ¿Qué conjuracion se hizo contra mí? ¿Cuál estrella infelice me sacó de mi casa? Sí, después que puse el pié fuera della, todo se me hizo mal, siendo las unas desgracias presagio de las venideras y agüero triste de lo que después me vino, que como tercianas dobles, iban al campo con algun reposo. *La vida del hombre milicia es en la tierra*: no hay cosa segura ni estado que permanezca, perfecto gusto ni contento verdadero: todo es fingido y vano. ¿Quiéreslo ver? Pues oye.

Habiendo el dios Júpiter criado todas las cosas de la tierra, y á los hombres para gozarlas, mandó que el dios Contento residiese en el mundo, no creyendo, ni previniendo á la ingratitud que después tuvieron, alzándose con el real y el trueco, porque teniendo á este dios consigo, no se acordaban de otro. A él hacian sacrificio, á él ofrecian las victimas, á él celebraban con regocijo y cantos de alabanzas. Indignado desto Júpiter, convocó todos los dioses, haciéndoles un largo parlamento; dióles cuenta de la mala correspondencia de los hombres, pues á solo el Contento adoraban, sin considerar los bienes recibidos de su pródiga mano, siendo hechura suya, y habiéndolo criado de no nada, que diesen su parecer para remedie de semejante locura. Algunos, los mas benignos, movidos de clemencia, dijeron: son flacos, de flaca materia, y es bien sobrellevarlos; que si fuera posible trocar nuestra suerte á la suya, y fuéramos sus iguales, sospecho que hiciéramos lo mismo. No se debe hacer caso dello, y cuando mucho, dándole una honesta correccion, tendremos por muy cierto que será bastante remedio por lo presente. Momo quiso hablar, comenzando por algunas libertades, y mandaronle callar, que después hablaría. Bien quisiera en aquella ocasion indignar á Júpiter por haberes

ofrecido como lo deseaba; mas obedeciendo por entonces, fué recapacitando una larga oracion que hacer á su propósito cuando llegasen á su voto; pero entre tanto no faltaron otros de condicion casi su igual, que dijeron: ya no es justo dejar sin castigo tan grave delito; que la ofensa es infinita, hecha contra dioses infinitos, y así debe ser infinita la pena; parécenos conviene destruirlos, acabando con ellos, no criando mas de nuevo, pues no es necesidad forzosa que los haya. Otros dijeron no convenir así, mas que arrojándoles gran número de poderosos rayos, los abrañase todos y criase otros buenos. Así fueron dando sus pareceres diferentes, de mas ó menos rigor, conforme su calidad y complexion; hasta que llegando á dar Apolo el suyo, pedida licencia, y captada la benevolencia, con voz grave y rostro sereno, dijo: ¶

¶Supremo Júpiter piadosísimo, la grave acusacion que haces á los hombres es tan justa, que no te se puede negar ni contradecir cualquier venganza que contra ellos intentes, ni tampoco puedo, por lo que te debo, dejar de advertir desapasionadamente lo que siento: si destruyes el mundo, en vano son las cosas que en él criaste, y es imperfeccion en ti deshacer lo que hiciste para quererlo enmendar, ni pesarte de lo hecho; que te desacreditas á tí mismo, pues tu poder de criador se estrecha á tan extraordinarios medios para contra tu criatura. Perderlos y criar otros de nuevo tampoco te conviene; porque les has de dar ó no libre albedrío: si se lo das, han de ser necesariamente tales cuales fueron los pasados; y si se lo quitas, no serán hombres, y habrás criado en balde tanta máquina de cielo, tierra, estrellas, luna, sol, composicion de elementos y mas cosas, que con tanta perfeccion hiciste; de modo que te importa no se innove mas de una sola cosa, con que se previene de remedio. Tú, señor, les diste al dios Contento, que lo tuviesen consigo por el tiempo de tu voluntad, pues todo pende della; si se supiera conservar en gratitud y justicia, cosa fuera repugnante á la tuya no ampararlos, ampliándoles siempre los favores; mas pues lo han desmerecido por inobediencia (restringiendo las penas), debes castigarlos, que no es bien que tiránicamente posean tantos dones para ofenderte con ellos; antes les debes quitar este su dios, y en lugar suyo enviarles al del Descontento, su hermano, pues tanto se parecen; con que de aquí en adelante reconocerán su miseria y tu misericordia, tus bienes y sus males, tu descanso y su trabajo, su pena y tu gloria, tu poder y su flaqueza; y por tu voluntad repartirás el premio al que lo mereciere con la benignidad que fuere tu gusto, no haciéndolo general á buenos y malos, gozando igualmente todos una bienaventuranza: con esto me parece quedarán castigados y reconocidos. Haz agora (ó Júpiter clementísimo) lo que mas á tu voluntad sea conveniente, de modo que te sirvas. ¶

¶Con este breve razonamiento acabó su oracion. Quisiera Momo (con la emponzoñada suya) acriminar el delito, por la enemistad vieja que con los hombres tenia; y conocida su pasión, reprobaron su parecer, loando todos el de Apolo; se cometió la ejecucion dello á Mercurio, que fuego (desplegadas las alas rompiendo por el aire) bajó á la tierra, donde halló á los hombres con su dios del Contento, haciéndole fiestas y juegos, descuidados que pudieran en algun tiempo ser enajenados de su posesion. Mercurio se llegó donde estaba, y habiéndole dado de secreto la embajada de los otros dioses (aunque de mala gana), fué forzoso cumplirla. Los hombres alteráronse del caso, y viendo que les llevaban á su dios, quisieron impedirlo, y procurando todos esforzarse á la defensa, asidos dél, trabajaban fuertemente con todo su poder. Viendo Júpiter el caso, el motin y alboroto, bajó al suelo, y como los hombres estaban asidos á la ropa (usando de ardid) sacóles el Contento della, dejándoles al Descontento metido en su lugar y propias vestiduras, del modo que el Contento antes estaba, llevándose de allí consigo al cielo, con

que los hombres quedaron gustosos y engañados, creyendo haber salido con su intento, teniendo su dios consigo, y no fué lo que pensaron. ¶

¶Aun este yerro vive desde aquellos pasados tiempos, llegando con el mismo engaño hasta el siglo presente. Creyeron los hombres haberles el Contento quedado, y que lo tienen consigo en el suelo, y no es así: que solo es el ropaje y figura que le parece, y el Descontento está metido dentro. Ajeno vives de la verdad si creyeres otra cosa ó la imaginas: ¿quién lo ve? Advierte. ¶

¶Considera del modo que quisieras las fiestas, los regocijos, banquetes, danzas, músicas, deleites y alegrías, y todo aquello á que mas te mueve la inclinacion en el mas levantado punto que te podrá pintar el deseo. Si te preguntare, ¿adónde vas? podrás responder muy orgulloso, á tal fiesta de contento. Yo quiero que allá lo recibas y te lo dén; porque los jardines estaban muy floridos, y el son de las plateadas aguas y manantiales de aljofares y perlas te alegraron. ¿Merendaste sin que el sol te ofendiese ni el aire te enojase? ¿Gozaste tus deseos, tuviste gran pasatiempo, fuiste alegremente recibido y acariciado? Pues ningún contento pudo ser tal que no se aguase con alguna pesadumbre; y cuando haya faltado disgusto, no es posible que cuando á tu casa vuelvas ó en tu cama te acuestes, no te halles cansado, polvoroso, sudado, ahito, resfriado, enfadado, melancólico, doloroso, y por ventura descalabrado ó muerto; que en los mayores placeres acontecen mayores desgracias, y suelen ser visperas de lágrimas, no visperas que pase noche de por medio: al pie de la obra, en medio de aquea idolatría las has de verter, que no se te fiarán mas largo. Vendrásme á confesar agora, que la ropa te engañó y la máscara te cegó; donde creíste que el contento estaba, no fué mas del vestido y el descontento en él. ¿Ves ya cómo en la tierra no hay contento, y que está el verdadero en el cielo? Pues hasta que allá lo tengas, no le busques acá. ¶

¶Cuando determiné mi partida, ¿qué de contento se me representó, que aun me lo daba el pensarla? Via con la imaginacion el abril y la hermosura de los campos, no considerando sus agostos, ó como si en ellos hubiera de habitar impasible; los anchos y llanos caminos, como si no los hubiera de andar y cansarme en ellos; el comer y beber en ventas y posadas, como el que no sabia lo que son venteros y dieran la comida graciosa, ó si lo que venden fuera mejor de lo que has oído. ¶

¶La variedad y grandeza de las cosas, ayes, animales, montes, bosques, poblados, como si hubieran de traerme á la mano: todo se me figuraba de contento, y en cosa no lo hallé sino en la buena vida; todo lo fabriqué próspero en mi ayuda, que en cada parte donde llegara estuviera mi madre que me regalara, la moza que me desnudara y trujera la cena á la cama y me arropara la ropa, y á la mañana me diera el almuerzo. ¿Quién creyera que el mundo era tan largo? Habia visto unas mapas, parecióme que así estaba todo junto y tropeado. ¿Quién imaginara que habia de faltarme lo necesario? No pensé que habia tantos trabajos y miserias. Mas, ¡oh! ¿cómo es el no pensé de casta de tontos y propio de necios, de excusa de bárbaros y acogida de imprudentes! Que el cuerdo y sabio siempre debe pensar, prevenir y cautelar. Hice como muchacho simple, sin entendimiento ni gobierno: justo castigo fué el mio, pues teniendo descanso, quise saber de bien y mal. ¶

¿Cuántas cosas iba considerando cuando salí del meson sin capa y burlado! Quise comer de las ollas de Egipto, que *el bien hasta que se pierde no se conoce*. Todos íbamos pensativos: á mi buen arriero acabósele la cosecha y risa con la burla del mesonero; antes tiraba piedras á mi tejado, agora encoge las manos y las tiene quedas, viendo que es el suyo de vidrio.

¶Menos mal, discrecion es considerar, antes que digan, lo que pueden oír, y antes que hagan, el daño que les pueden hacer. No es bien arrojarse al peligro, que á una libertad hay otra, lenguas para lenguas, y manos para manos: todas las cosas tienen su razon, y á todos conviene honrar el que de todos quiere ser honrado. ¿No consideras en tí, que aun tu secreto será ó puede ser, para el otro, público, y te podrá responder con obras ó palabras lo que no querrás oír ni padecer? No estribes en fuerzas ni en poderio, que si en tu rostro no dijere tu afrenta, irála publicando á todo el mundo. No ganes enemigos de los que con buen trato puedes hacer amigos, que ningún enemigo es bueno, por flaco que sea; de una centelluela se levanta gran fuego. ¿Qué cosa tan honrosa, que digna de hombres cuerdos, hidalgos y valerosos, andar medidos, arriados y ajustados con la razon para que no se les atreyan y los pongan en ocasion! ¿No ves cómo la anduvo un arriero? ¶

Ya iba callando, no se reía, llevaba bñja la cara, que de vergüenza no la levantaba. Los buenos de los clérigos iban rezando sus horas. Yo considerando mis infortunios, y cuando todos, cada uno mas emboscado en su nogocio, llegaron dos cuadrilleros en seguimiento de un paje que á su señor habia hurtado gran cantidad de joyas y dineros, y por las señas que les dieron debía ser otro yo. Así como me vieron levantaron la voz: «ah ladron, ah ladron, aquí os tenemos, no podeis irnos ni escaparos.» Luego á puñadas me apearon del hermano asno, y (teniéndome asido) buscaron la recua, creyendo hallar el hurto; quitaron las enjalmas, tentaron las albardas, no perdonaron espacio de un garbanzo sin mirarlo. Decian: «ea, ladron, decí la verdad, que ahorcaros tenemos aquí si luego no lo dais.» No querian oírme ni admitir disculpa, que á pesar del mundo (sin mas de su antojo) yo era el dañador. Dábanme golpes, empujones, torniscones, que me atormentaban, y mas por no dejarme hablar ni pronunciar defensa; y aunque mucho me dolía, mucho me alegraba entre mí, porque daban al compañero mas al doble recio, como á encubridor, que decian era mio. ¿No consideras la perversa inclinacion de los hombres, que no sienten sus trabajos cuando son mayores los de sus enemigos? Yo iba mal con él, que por su ocasion perdí mi capa y cené burro: sufría con menos pesadumbre el daño propio, por lo que cambiaba en el ajeno. Dábanle sin piedad, pedíanle que descubriese dónde lo llevaba ó quedaba guardado. El pobre hombre que, como yo, estaba inocente de tal cosa, no sabia qué hacer: al principio creyó ser burlas: mas cuando de la raya pasaron, al diablo daba el muerto y á quien lo lloraba; no se le hacia conversacion de gusto, ni quisiera conocerme. Ya tenian espulgada la ropa, mirada y revuelta, y el hurto no parecia, ni el rigor de su castigo cesaba; como si fueran jurídicos jueces, nos maltrataban crudamente con obras y palabras (quizá que lo traian por instruccion). Ya cansados de aporrearnos y nosotros de sufrirlo, nos maniataron para volvernos á Sevilla. Librete Dios de delito contra las tres santas, inquisicion, hermandad y cruzada; y si culpa no tienes, librete de la santa hermandad, porque las otras santas, teniendo (como tienen) jueces rectos, de verdad, ciencia y conciencia, son los ministros muy diferentes; y los santos cuadrilleros en general es toda gente nefanda y desalmada, y muchos por muy poco jurarán contra tí lo que no hiciste ni ellos vieron, mas del dinero que por testificar falso llevaron, si ya no fué jarro de vino el que les dieron. Son, en resolucion, de casta de porquerones, corchetes ó velleguines, y por el consiguiente ladrones pasantes ó punto menos, y (como diremos adelante) los que roban á bola vista en la república. Y tú, cuadrillero de bien, que me dices que hablo mal, que tú eres muy honrado y usas bien tu oficio, yo te lo confieso y digo que lo eres, como si te conociera. Pero dime, amigo

(para entre nosotros, que no nos oiga nadie), ¿no sabes tú que digo verdades de tu compañero? Si tú lo sabes y ello es así, con él hablo y no contigo.

Ya estábamos despedidos de los clérigos, que se iban á pié su camino y nosotros el nuestro: ¿quieres oírme lo que sentí? Pues fué sin duda mas verme volver á mi tierra de aquella manera, que los golpes recibidos ni la muerte si allí me la dieran; si á otra parte acaso nos llevaran (siendo estraña) lo tuviera en poco, supuesto que iba salvo, y la verdad habia de parecer y no ser yo el que buscaban. Estábamos atraillados como galgos, afligidos de la manera que puedes considerar si tal te aconteciera. No sé cómo uno de aquellos benditos me miró, que dijo al otro: hola, hao, ¿qué te digo? Creo que nos habemos engañado con la priesa. El otro respondió: ¿cómo así? Volvióle á decir: ¿no sabes que el que buscamos tiene menos el dedo pulgar de la mano izquierda, y este está sano? Leyeron la requisitoria, refrieron las señas, y vieron que casi se engañaron en todas. Y sin duda que debían de traer gana de aporrear, y dieron en lo primero que hallaron. Luego nos desataron, y pidiendo perdon y licencia, se fueron y nos dejaron bien pagados de nuestro trabajo, quitándole al arriero unos pocos de cuartos para la vista del pleito y remojar la palabra en la primera venta. No hay mal tan malo de que no resulte algo bueno. Si no me hubieran hurtado la capa, yendo cubierto con ella, no echáran de ver si estaba sano de mis dedos pulgares, y cuando lo vinieron á mirar, no fuera en tiempo, y quisiera primero haber padecido mil tormentos. En todo eché buena suerte: gastado, robado, hambriento y desechas las quijadas á puñetes; desencasado el pescuezo á pescozadas, bañados en sangre los dientes á mojicones; mi compañero, si no peor, no menos; y perdonen, amigos, que no son ellos: ved qué gentil perdon, y á qué tiempo. Los clérigos iban cerca, luego los alcanzamos; admiráronse en vernos; supieron de mí la causa de nuestra libertad, que mi compañero estaba tal, que no se atrevió á hablar por no escupir las muelas. Cada uno subió á su caballería; comenzamos á picar, y no con los talones, que los de albarda no alcanzaban; á fe os prometo que tuvimos bien que contar de la vendeja y granjería de la feria. El mas mozo de los clérigos dijo: agora bien, para olvidar algo de lo pasado y entretener el camino con algun alivio, en acabando las horas con mi compañero les contaré una historia, mucha parte della que aconteció en Sevilla. Todos le agradecimos la merced, y porque ya concluian su rezado, estuvimos esperando en silencio y deseo.

CAPITULO VIII.

En que Guzmán de Alfarache refiere la historia de los dos enamorados Ozmin y Daraja, según se la contarou.

¶Luego como acabaron de rezar, que fué muy breve espacio, cerraron sus breviarios, y metidos en las alforjas, siendo de los demás con gran atencion oido, comenzó el buen sacerdote la historia prometida en esta manera: ¶

¶Estando los reyes católicos don Fernando y doña Isabel sobre el cerco de Baza, fué tan peleado, que en mucho tiempo dél no se conoció ventaja en alguna de las partes; porque aunque la de los reyes era favorecida con el grande número de gente, la de los moros (habiendo muchos) estaba fortalecida con la buena disposicion del sitio. La reina doña Isabel asistia en Jaen previniendo á las cosas necesarias, y el rey don Fernando acudia personalmente á las del ejército. Teníalo dividido en dos partes: en la una plantada la artillería y encomendada á los marqueses de Cádiz y Aguilar, á Luis Fernandez Portocarrero, señor de Palma, y á los comandadores de Alcántara y Calatrava, con otros capitanes y soldados; en la otra estaba su alojamiento con los mas caballeros y gente de su ejército, teniendo la ciudad en medio cercada; y si